

LA CIUDAD DE CARACAS EN EL PROYECTO GUZMANCISTA: UNA APROXIMACIÓN AL SEPTENIO (1870-1877)

JESÚS A. GORRÍN MARGANO

Universidad Metropolitana, Caracas, Venezuela

jgorrin@unimet.edu.ve

Resumen

Este trabajo se inscribe en una investigación doctoral en curso. El objetivo del presente artículo es analizar el papel que cumplen las obras públicas enmarcadas en el urbanismo europeo decimonónico en el proyecto guzmancista durante el Septenio (1870-1877). Dicho análisis se realizó desde la Historia cultural urbana, por tanto, se hizo una sistematización de las más importantes edificaciones construidas o proyectadas en la capital venezolana durante dicho período, así como una revisión de fuentes documentales y literarias que permitan comprender la intención del evidente proceso de transferencia de ideas urbanas europeas a Caracas auspiciado por Guzmán Blanco y su valoración en relación con su proyecto de poder. Se consultaron tanto fuentes oficiales como testimonios de venezolanos y extranjeros o viajeros que dejaron registro y expresaron sus opiniones acerca de las transformaciones de la ciudad. Los hallazgos iniciales evidencian una relación directa entre las obras públicas y los objetivos de modernización, progreso y centralización impulsados por Guzmán Blanco, configurando a la ciudad como un artefacto político y cultural que refleja el binomio progreso-civilización que serviría de plataforma desde la cual llevar a cabo la transformación de la sociedad. Este avance reafirma la hipótesis de que la construcción y transformación del espacio físico se constituyó en un medio privilegiado para la consolidación del proyecto guzmancista y la anhelada modernidad.

Palabras clave: ciudad, urbanismo, Guzmán Blanco, historia cultural, Caracas, siglo XIX.

RECIBIDO: 09-02-2026 / ACEPTADO: 11-05-2026 / PUBLICADO: 30-06-2026

Cómo citar: Gorrín, J., (2026). La ciudad de Caracas en el Proyecto Guzmancista: una aproximación al septenio (1870-1877). *Cuadernos Unimetanos*, 48, 2026-1, 1-20. <https://doi.org/10.58479/cu.2026.204>



Objetivo (s) del Desarrollo Sustentable (ODS) al cual se orienta el trabajo de investigación

Este trabajo se alinea explícitamente con tres Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) establecidos por la Agenda 2015 de las Naciones Unidas:

ODS 4 - EDUCACIÓN DE CALIDAD

Aborda la importancia de la ciudad en el proyecto de poder guzmancista y la creación de infraestructura y servicios básicos para modernizar Caracas.

ODS 11 - CIUDADES Y COMUNIDADES SOSTENIBLES

Examinar la planificación de obras públicas, monumentos y espacios que, si bien su objetivo no era ser sostenibles, son testimonio de nuestra historia en la búsqueda por lograr una mejor ciudad.

CONTENIDO

Resumen	1
Introducción	5
Contenido	6
Europa y el ritmo cambiante de la vida	6
América Latina y el proceso urbano	9
La Caracas del Septenio (1870-1877)	11
Referencias bibliográficas	17

La ciudad de Caracas en el proyecto guzmancista: Una aproximación al Septenio (1870-1877)

Introducción

El estudio de la ciudad, escenario de la civilización por excelencia, así como el imaginario o ideas asociadas a ella, pueden decirnos mucho sobre el tiempo, la existencia material de una época y lugar, así como de la sociedad en la cual se ha generado. Esto es válido no solo para la construcción de ciudades nuevas, sino también para aquellas que atraviesan un proceso de transformación en su espacio, independientemente de las dimensiones del mismo. Sea una enorme urbe como París o una modesta como Caracas.

Pensar la ciudad y las ideas asociadas a ella como objeto de estudio implica un entramado de disciplinas que no pertenecen exclusivamente a la arquitectura, la historia del arte o al urbanismo. En el caso latinoamericano, aproximarse a la historia de las ciudades y del hecho urbano es acercarse a la historia de las naciones, de los proyectos de sociedades surgidos tras las independencias, los imaginarios de las élites, la intelectualidad, así como el propio concepto de modernidad que sirve de cimiento a dichos proyectos.

El siglo XIX será de especial interés en este sentido, ya que es un período de grandes transformaciones cada vez más aceleradas y buena parte de sus manifestaciones tangibles estarán en las ciudades. Los efectos de la Revolución Industrial se sentían por doquier. El mundo parecía hacerse más pequeño e interconectado a medida que avanzaban las tecnologías en comunicación y de transporte. Capitaneando dicho movimiento, nos encontramos con una Europa que, al compararse con otras regiones del mundo, se sentía triunfante y elaboraría todo tipo de discursos que justificasen su dominio e influencia sobre considerables regiones del mundo. Dicho proceso de cambios también dejaría su huella en las ciudades, especialmente en las capitales europeas, donde las manifestaciones materiales de este fenómeno serían más que evidentes. El crecimiento urbano y las nuevas construcciones monumentales crearían el escenario idóneo para presentar las glorias de la civilización.

En dicho contexto, las naciones latinoamericanas, de manera desigual, buscaron incorporarse al mercado capitalista global y encontrar un lugar entre las naciones, en especial frente a esa Europa que se había convertido en un símbolo del progreso y modernidad. Dicha búsqueda no sería fácil, ya que muchas de las excolonias españolas atravesaron enormes

dificultades una vez quebrado el vínculo con la corona española e iniciada su andadura como países independientes.

A fin de comprender la transformación de la ciudad de Caracas y el papel que cumple dentro del sistema de poder de Antonio Guzmán Blanco, el presente trabajo de investigación tendrá por objetivo examinar la importancia de las obras públicas y el proceso urbano en el período que suele conocerse con el nombre de *El Septenio*, que inicia en 1870 y termina en 1877. Tiempo en el que la capital del país experimentará una serie de ornatos y construcciones importantes gracias a los programas de obras públicas llevados a cabo por el *Ilustre Americano* en un contexto relativamente pacífico si se le compara con los años precedentes.

En este orden de ideas esta investigación encuentra su vinculación con los Objetivos de Desarrollo Sostenible 4 y 11 de la Organización de las Naciones Unidas (2015), en este sentido el trabajo aborda la importancia de la ciudad en el proyecto de poder guzmancista y la creación de infraestructura y servicios básicos para modernizar Caracas. Esto conecta con el ODS 11 al examinar la planificación de obras públicas, monumentos y espacios que, si bien su objetivo no era ser sostenibles, son testimonio de nuestra historia en la búsqueda por lograr una mejor ciudad.

Contenido

Europa y el ritmo cambiante de la vida

Los conceptos de civilización, modernidad y progreso, muy en boga dentro de la intelectualidad y el discurso político de mediados del siglo XIX, estaban intrínsecamente relacionados con el mundo europeo, por no decir que eran considerados como sinónimos. La Europa decimonónica para la segunda mitad de dicha centuria estaba en la cúspide de su poderío y era referencia desde todo punto de vista, especialmente en lo político, económico, científico y militar. Era el modelo civilizatorio por excelencia para buena parte de las naciones del mundo, el cual buscaban emular no pocas naciones del globo. Carpentier y Lebrun (2006) afirman que

Sobre el fondo de expansión y de dominación creciente sobre el mundo, Europa puede creer que su civilización es la única, que ella es la <civilización>. Mediante la ciencia y la instrucción van a difundirse el progreso y la paz, y ya existe una Europa de la cultura que se vive en Viena, en París o en Berlín (p. 431).

Nos encontramos con un mundo donde las potencias europeas y, en una menor medida, Estados Unidos y Japón, exhiben un crecimiento vertiginoso que es impulsado por los avances en la ciencia y en la tecnología. La producción fabril y la creación de nuevos empleos atrajeron una importante concentración de emigrados a las ciudades. La industrialización será un factor

de aceleración clave en esta época de disrupciones. Esto desencadenó toda una serie de tensiones que demandaron no sólo una mayor intervención del Estado para proveer de unos estándares mínimos en materia de vivienda, higiene, salud, culto y recreación, sino también una necesidad de reconfigurar y, en algunos casos, transformar el espacio de las urbes (Lutz, 2008). La urbe va transformándose; poco a poco dejará de ser el escenario de los aristócratas y las cortes para pasar a ser de las pujantes burguesías nacionales.

Son muchas las expresiones materiales que en dicha centuria proliferarán por casi todas las regiones del mundo. La comunicación se transformó a consecuencia de la revolución de las formas de movilización de personas y bienes “[...] recordemos, en primer término, las revoluciones técnicas, que rebajaron enormemente las barreras espaciales y temporales del intercambio de información gracias al ferrocarril, la telegrafía y, posteriormente, el teléfono”. (Lutz, 2008, p. 5).

Otro elemento importante que no debe subestimarse es el esfuerzo por construir con éxito el Estado, organizando la administración y las técnicas administrativas que se adecuarán a las situaciones cambiantes de la geopolítica y el mercado. El capitalismo y la moderna burocracia estatal eran caras de una misma moneda (Lutz, 2008). La racionalización de la administración, si bien no era nueva, cobraría un ímpetu cada vez mayor en la medida en que creciesen las funciones y el alcance de los estados respecto a sus sociedades.

Todos estos cambios tendrían amplias repercusiones en las ciudades, ya que se hizo necesario planificar el progreso. Pronto, además de mejorar las condiciones de vida en las urbes en plena expansión, se hizo necesario el hacer visible dicho progreso mediante todo tipo de obras públicas que además permitiesen mejorar las condiciones de vida en las metrópolis. Urbes como Londres, París, Viena, San Petersburgo, Birmingham, así como muchas otras, se duplicaron o triplicaron en cincuenta años (Lutz, 2008). Son numerosos los ejemplos de los grandes edificios de la Administración y del sistema de Justicia, no siempre a causa de su atractivo estético, sino de su monumentalidad respecto a otro tipo de edificio. Las fachadas de dichos edificios debían expresar “la continuidad, autoridad y dignidad del Estado y sus instituciones” (Lutz, 2008, p. 183).

Más aún, “Los numerosos edificios administrativos del siglo XIX son testimonios pétreos del culto al Estado ampliamente desarrollado” (Lutz, 2008, 183). Dicho culto tenía además una faceta personal importante, ya que el culto al gobernante también era un elemento común, independientemente de si se trataba de monarcas, presidentes o primeros magistrados, no pocas veces eran, para la mayoría de los europeos, “encarnaciones tangibles del orden estatal”. Así los gobernantes pusieron en juego reiteradamente su presencia pública con el objetivo preciso de consolidar la autoridad de su régimen” (Lutz, 2008, p. 184). Por ello, el ornato, los edificios públicos y reformas urbanas serán claves en ese juego, ya que los mismos escenificaban la grandeza del gobernante y el progreso de su gobierno e incluso de la propia Nación.

Eran necesarios estos espacios para desplegar en ellos dicho discurso mediante todo tipo de actos. No es fortuito que, comparando con siglos anteriores, el siglo XIX haya visto crecer en número las festividades públicas que no eran de carácter religioso. Fechas patrias, celebraciones, recepciones, desfiles, uniformes vistosos, etc., todos eran elementos clave de ese juego descrito anteriormente. Como menciona Tombs (2002), “[...]las ciudades lograron la integración de sus poblaciones mediante escuelas, clubes sociales y deportivos, los sindicatos, las iglesias y los partidos políticos” (p. 35). A esa lista podemos agregar teatros, museos, plazas y otros lugares donde el público pudiese participar de la nueva cultura. Eran lugares que marcaron el papel que desempeñaba el público en todo tipo de aspectos de la vida cultural de un determinado país. Más aún,

Estos edificios fueron lugares públicos, de un modo que no lo habían sido anteriormente ninguna corte y ninguna comunidad tradicional. Al menos en teoría, eran accesibles a cualquiera, abrían sus puertas en horario regular, y generalmente se mantenían con dinero público (Tombs, 2002, p. 135).

Dichos edificios de alguna manera reflejaban normas e ideales fundamentales de aquella centuria. Los encargos importantes que recibían los arquitectos ya no eran iglesias, ni monumentos religiosos, sino museos, bibliotecas y otro tipo de edificios públicos. Fiel al liberalismo en boga, buena parte de la cultura del siglo XIX europeo, especialmente en Francia y Gran Bretaña, era “[...]predominante profana, basada en valores profanos y dirigida a objetivos profanos” (Tombs, 2002, 155) La arquitectura, como signo cultural, se había convertido en un medio y un mensaje. Munizaga (1999), sobre este punto, sostiene que “el hombre hace su paisaje cultural, lo fabrica y cambia la naturaleza y la humaniza. La ciudad es artefacto de la historia” (pp. 23-24)

Cada cultura deberá encontrar su propia expresión material y esta materialidad alcanzará una significación importante cuando sea un signo vital que comunique. En el caso europeo, son tan importantes los estilos, como el neogótico y el neoclásico, que aluden a un pasado determinado y lo reinventan ante necesidades del presente, como al tipo de edificios que se construyen y los materiales o técnicas empleados en ellos. Todos son testimonios del tiempo de cambios que caracteriza al siglo XIX, en especial a partir de su segunda mitad. Como menciona George Mosse (1997) “[...] fue la ciudad moderna lo que se convirtió en el símbolo global y la metáfora de la modernidad[...]” (p. 27).

Munizaga (1999), sobre esa importancia de la ciudad y la huella que deja sobre sus habitantes, agrega lo siguiente:

La ciudad llega, entonces, a tener un ser histórico que repercute, a su vez, en el actuar social del hombre. Se funda una ciudad, se va desarrollando paulatinamente en el accionar de la colectividad que la habita. Así se van trazando sobre ella las líneas de ese proceso vital, esa cultura en la que se hayan implicados

costumbres, ritos tradiciones, sentimientos y actitudes que caracterizan a una colectividad determinada. Y recíprocamente, al quedar grabados en la ciudad, estos elementos terminan por constituir una segunda naturaleza que determina a sus habitantes: la ciudad actúa sobre estos. (p. 43).

En otras palabras, las remodelaciones de viejas construcciones y las nuevas obras públicas que se llevan cabo por toda Europa, convierten a la ciudad en un organismo de articulación cultural. Es producto y agente de su tiempo. Producto por ser una manifestación material de estilos, materiales, técnicas y necesidades de su tiempo; es agente por la forma en que la misma condiciona el papel que desempeñan sus habitantes y la sociabilidad de los mismos, a través de los modos y usos que son propios del estilo de vida urbano y de los cuales participan quienes hacen vida allí.

América Latina y el proceso urbano

En América Latina las ciudades, desde su fundación, jugaron un rol de vital importancia. En un principio, fungen de centros de poder, sede de autoridades coloniales (tanto peninsulares como criollas), plataformas para el intercambio y comunicación con la metrópoli, distribuidoras de producción de otras regiones, entre otros. Crecerán gradualmente y de forma desigual bajo el prolongado tiempo que ocupa el Imperio Español en América. Posteriormente, una vez iniciada la andadura independiente, así como los ensayos republicanos, la ciudad, en especial las capitales, cobraría aún más importancia en la medida en que la centralización se hiciese más efectiva y las sociedades experimentarían las numerosas transformaciones del mundo decimonónico. Después de todo, el restablecimiento de la estructura de poder interna y la consolidación del Estado nacional hacia finales del siglo XIX hicieron necesario un espacio adecuado para la proyección y funcionamiento del mismo.

Así mismo, dicho espacio cobraría aún más importancia en la medida en que se asociase de una manera cada vez más tajante a la ciudad con la civilización, en contraste con lo rural y la barbarie. No pocos individuos consideraron el fenómeno urbano, como una herramienta para modernizar y “civilizar” a una determinada sociedad, más aún teniendo en cuenta el binomio progreso-civilización que caracteriza la segunda mitad. (Almandoz, 2006).

De esta manera, para muchos actores de las excolonias, los conceptos de civilización y modernización serán sinónimos de adoptar los modos de las naciones europeas. Cuyo poder se encontraba en su cenit y no sería hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 que Europa, como modelo, empezaría a ser desplazada por Estados Unidos.

Los conceptos de civilización, modernidad y progreso, muy en boga dentro de la intelectualidad y el discurso político, estaban intrínsecamente relacionados, como se dijo páginas atrás, con el mundo europeo. La Europa decimonónica para la segunda mitad de

dicha centuria estaba en la cúspide de su poderío y era referencia desde todo punto de vista, especialmente en lo económico, científico y militar. Era el modelo civilizatorio por excelencia, el cual buscaban emular no pocas naciones del globo. Además, acercarse al Viejo Continente lograba otro de los objetivos fundamentales: lograr la inserción al sistema capitalista global.

Hebe Vessuri (2007), sobre la realidad de los países latinoamericanos y su relación con el mundo ‘civilizado’, alega que “se hacía necesaria una constante vigilancia para asegurar que la personalidad internacional de los nuevos Estados no sufriera menoscabo, para que no fueran tratados como los reinos bárbaros de otras regiones”. (p. 538). En otras palabras, se debían enfocar ingentes esfuerzos en transformar o al menos aparentar, ser partícipes de ese progreso, de pertenecer a dicho mundo a pesar de lo precario de la situación en gran parte de la región a causa de la inestabilidad endémica y debilidad institucional de buena parte de los países que resultaron de las guerras de independencia.

La ciudad será uno de los centros de este desarrollo; el urbanismo comienza a incrementarse a un ritmo acelerado conforme se consigue cierta estabilidad hacia la segunda mitad del siglo XIX. Más aún, agrega Jean-Paul Deler (2007):

Crecimiento demográfico, transformación de las costumbres y mentalidades, desarrollo de la educación, nuevos oficios, nuevas solidaridades de clase, modificaron profundamente el rostro de la ciudad, tanto como la modernización de los modos de vida o el cambio en el ambiente urbano. Al pasar del siglo XIX al XX, la mayoría de las ciudades principales se equipó de redes de servicios públicos urbanos (...) Los municipios se dotaron de edificios públicos y de equipos anglosajones, de Francia o Italia, gusto y estética que se encontraba también en las residencias de la nueva burguesía local y cosmopolita. (pp. 55-56)

Esas ciudades y su nueva estética burguesa eran importantes porque permitirán a las élites gobernantes sentirse partícipes de una cultura que, por lo general, consideraban superior, idea que parecía reforzada por el imperialismo europeo en regiones como Asia y África, que había pasado de ser zonas de influencia a territorios donde las potencias europeas ejercían un control directo o indirecto. Sobre el papel de la ciudad y lo urbano en la esfera ideológica, es importante agregar lo que afirman Leyton y Huertas (2012):

En este contexto, la ciudad aparece como una de las expresiones más acabadas de la modernidad occidental; es más, en el caso latinoamericano, sirve para inventar la modernidad, para extenderla y reproducirla, independientemente de que la urbe en cuestión sea una realidad física o una idea más o menos utópica. La ciudad –lo urbano– surge, en definitiva, como un artefacto ideológico de modernidad (pp. 23-24)

Además, prosiguen

Otras ciudades de América Latina, buscarán esa misma identificación con la ciudad burguesa europea, limpia, ordenada y segregada, acorde no con la idea colonialista de las castas, sino con las más modernas nociones de la ciencia y la técnica (...) Una ciudad higiénica que debe estar debidamente saneada para evitar los miasmas y pestilencias, pero también otros peligros sociales, como los generados por una parte importante de la población (pobres, vagabundos, inmigrantes poco exitosos). (Leyton y Huertas, 2012, p. 24).

La Caracas del Septenio (1870-1877)

Venezuela, como se asomó páginas atrás, no será ajena al contexto histórico ni mucho menos al proceso de transferencia de ideas urbanas europeas al continente latinoamericano. Entre los numerosos y accidentados gobiernos que tuvo Venezuela durante el siglo XIX, destaca el largo período bajo la jefatura del autócrata Antonio Guzmán Blanco (1870-1888), conocido dentro de la historiografía venezolana como “*el guzmanato*”, el cual puede ser apreciado como un episodio particular no solo desde el punto de vista ideológico en referencia a la formación de la consciencia nacional, sino también desde el punto de vista material a través de las numerosas obras públicas que fueron realizadas bajo un clima de relativa seguridad y estabilidad. Numerosas obras arquitectónicas se levantarían durante dicho período y vendrían a jugar un rol importante dentro de la nueva configuración del poder y la imagen que se quería presentar de una nación poco conocida por el mundo civilizado.

Numerosos son los cambios que se van a gestar en el país durante estos años, vinculados a las pretensiones modernizadoras del hombre que lleva las riendas del poder. Nuevos edificios públicos y ornatos, difusión de una nueva estética e iconografía del poder, grandes pompas a los héroes de la Guerra de Independencia, un crecimiento urbano modesto y la visión de la ciudad como agente modernizante serán algunas de las piezas clave del proyecto que emprenderá el caudillo que triunfó en abril de 1870.

La arquitectura y las obras públicas que se llevan a cabo bajo los distintos gobiernos que ejercería el *Ilustre Americano*, serían a su vez un medio y un mensaje de que el progreso había llegado, era ‘tangible’. Esta idea sería clave dentro del proyecto guzmancista, el cual, como menciona Carrera Damas (1988) destaca frente a sus antecesores, ya que “De todos los gobernantes venezolanos del siglo XIX, el único que llegó al poder con un programa coherente de acción política, administrativa e ideológica, fue Antonio Guzmán Blanco.” (p. 34). Esta esfera ideológica y su proyección material irán estrechamente relacionadas y dejarían una huella palpable sobre la Caracas del último cuarto del siglo XIX.

La Caracas previa a la llegada de Guzmán a la máxima jefatura tras la Revolución de Abril (1870) no era adecuada para el despliegue de su poder y la satisfacción de gustos europeos. Después de todo, si nos atenemos al testimonio de Friedrich Gerstaker (1989) que visitó el país en 1868, tres años antes de que comenzara el Septenio. Este viajero plasma un panorama poco alentador sobre las condiciones de Caracas: "...cafetales y haciendas ricas, de viejos árboles realmente suntuosos, tan pronto por viejas ruinas del tiempo de los españoles -derrumbadas y abandonadas como las dejaran sus antiguos amos y dueños del país...". (P. 23)

En relación a lo anterior resulta ilustrativo lo que Munizaga (1999) afirma: "Hay que insistir en que existe necesariamente un proceso político detrás de toda idea y realidad de ciudad" (P. 28). Dicha afirmación cobra mucho más sentido cuando otro historiador, como Tomás Straka (2010) comenta que "se hacen códigos modernizadores; se desclericaliza la vida social; se hace un tremendo esfuerzo para atraer inversiones extranjeras, sobre todo en infraestructura" (p. 34). Había que "(...) superar el pasado colonial integrándonos a la modernidad" (Straka, 2010, p. 34).

Más aún, relata el viajero alemán, había una anarquía generalizada y bandas que aterrorizaban a los propietarios:

Había, desde luego, una constitución en el país, pero no había ley (...). También los campos quedaban al borde del camino habían sido totalmente devastados y los caballos y bestias de tiro habían cargado con maíz y caña de azúcar. Es más, los soldados hacían ya incursiones en las haciendas más alejadas y traían desde el valle a lomo de burro cargas de pasto-robados ambos. (Gerstaker, 1989, p. 24)

La imagen desoladora anterior sería en buena medida modificada por el triunfo de la Revolución de Abril en 1870. *El Septenio*, si bien no fue del todo pacífico, tuvo paz suficiente como para que el país pudiese recobrar cierto ímpetu en lo que respecta a la cultura. También es una época de reformas y modernizaciones del Estado: se reorganiza la Hacienda Pública, se codifican leyes, se crean ministerios y juntas de fomento, etc.

Un testimonio interesante es el de la hija del encargado de negocios de Francia, Jenny de Tallenay, la cual lleva un diario de su viaje a la Caracas de 1878, año en el que, si bien no se encuentra Guzmán en el poder, ya que se encontraba en París, su presencia es casi omnipresente. En dicha obra, Tallenay (1989) remarca la vocación del autócrata por la reconstrucción. "El país había sido agitado violentamente por las guerras civiles y se aplicó a hacer desaparecer sus huellas." (p. 64). Lo que refuerza lo mencionado por autores como Lutz (2008) sobre las capitales europeas, así como Straka (2010) y Almandoz (2006) en el caso venezolano, de aquel esfuerzo en dotar de infraestructura moderna y cambiar la imagen de la ciudad, independientemente de que muchas de ellas hubiesen sido meras fachadas y ornatos.

Sobre las obras públicas y monumentos que se encuentran por aquella Caracas de 1878, Tallenay (1989) comenta que “los monumentos públicos en Caracas datan casi todos del dominio español o de la administración del general Guzmán Blanco”. (p. 91) Hace también una suerte de apología de su autocracia: “Aunque restringidos, los recursos no faltaban; lo que faltaba era una dirección vigorosa e inteligente, la acción autoritaria” (Tallenay, 1989, p. 91). Así mismo, era “gracias a una enérgica concentración del poder, ha sido dotada de monumentos civiles, paseos públicos, jardines y parques”. (pp. 91-92). La visión de la joven francesa muestra de forma clara esa doble faceta que suele presentar el guzmancismo; por un lado, significó un renacimiento cultural y de cierta estabilidad y, por otro, la concentración del poder en un solo hombre (Gorrín, 2016).

Dicha idea puede verse en el estudio que hace Vaamonde (2018) sobre las ideas de pueblo y política de Guzmán Blanco, donde muestra que parte del proyecto de este está centrado en disputar, concentrar y mantener el poder, reorganizar la estructura del Estado, eliminar los centros alternativos de dominación representados por los caudillos u otros enemigos y producir una narrativa de legitimación de su autoridad. Para ello se requiere imponer la autoridad de Caracas sobre el resto de las regiones, es decir, centralizar. Ya que, para que el proyecto no fracasase, es necesaria una correcta conducción desde arriba e incluso de medidas autoritarias.

Además, lo urbano también se utiliza como herramienta para estimular la expansión de los actores sociales *modernos* (la buena sociedad) y la difusión de las nuevas formas de sociabilidad y, en especial, los imaginarios que transmiten.

La Caracas que Almandoz (2002) llama la “Capital de la Bella Época” (p. 34) se nos presenta entonces como una herramienta modernizadora y también como el deseo de las burguesías locales para “recrear el mito metropolitano: en este sentido, esos espacios confirmaban la ‘cotidiana imitación de Europa’ dentro de una cultura urbana que pasaba de ‘patricia’ a ‘burguesa’, según la caracterización que nos brinda José Luis Romero” (Almandoz, 2002, p. 34)

También es la época de los populares manuales de urbanidad en los países de América Latina, los cuales buscaban forma precisamente a los ciudadanos para aquella ciudad donde sería puesta en escena la modernidad de la que hablan Leyton y Huertas (2012). En el caso venezolano, sería el *Manual de urbanidad y buenas costumbres* publicado en 1853.

Tanto los manuales como los diversos procesos urbanos que se estaban gestando o que se habían consolidado hacia finales del siglo XIX, trataban de preparar a los habitantes de dichas naciones para que dejaran esas costumbres que eran tenidas como ‘bárbaras’ por las élites latinoamericanas y por tanto, poco refinadas o civilizadas al compararse con el modelo por excelencia: la sociedad europea. En definitiva, lo que se trata de modernizar no es solo el Estado y las leyes mediante una racionalización de los mismos, o las ciudades y sus edificios públicos, sino también a las personas.

En este sentido, el Guzmancismo (1870-1888) sirve como una suerte de umbral para el asentamiento definitivo e indisputable de Caracas como capital del país, tanto fáctica, mediante una centralización del poder más efectiva en detrimento de las regiones por medio de la Constitución, una cohorte de funcionarios y un andamiaje de leyes, así como visualmente mediante reformas, nuevas construcciones y monumentos.

Inés Quintero (2011), refiriéndose a este proyecto nacional de Guzmán, afirma que uno de sus objetivos era el de establecer y afianzar “un conjunto de valores nacionales integradores, una infraestructura vial integradora y un estado de derecho que contase con todo lo necesario para que funcionase como tal” (p. 13). Estos valores integradores, tan importantes para un sentimiento nacional, parecerían haber demandado un imaginario cónsono con el discurso y accionar del gobierno presidido por Guzmán Blanco (1829-1899) en distintas ocasiones.

Las obras, en el discurso de Guzmán, estaban directamente relacionadas con el progreso y la civilización, como se desprende del siguiente discurso recogido por González Guinán (1954), que fue enunciado el 28 de octubre de 1872:

Todo lo que presenciamos aquí no es todavía la apoteosis del Libertador. Esa apoteosis tendrá lugar cuando transcurran algunos lustros y se hayan realizado los grande e inflexibles destinos de la América; cuando diez o más naciones poderosas y felices, sentadas a las faldas de los Andes, con cuarenta o cincuenta millo es de habitantes cada una, abran los inmensos puertos de su apacible océano para enviar a la Europa los productos necesarios a la existencia de aquellos pueblos en cambio de lo que el Viejo Mundo tiene descubierto y adelantado en largos siglos, fecundos para la industria, para las artes, para el progreso y la civilización; cuando millares de vapores surquen la inmensa red de sus caudalosos ríos desde el Orinoco hasta el estrecho de Magallanes, y crucen locomotoras sus dilatadas comarcas y solo se oigan en todas direcciones el ruido del trabajo y hervor de las ideas, con multitud de ciudades opulentas. Entonces será que en la cubre de toda esa grandeza se ostentará la figura de Bolívar irradiando su gloria por todos los horizontes de la tierra, como se ostenta el sol irradiando la luz por todos los espacios que el universo preside (pp. 115-116)

Es por ello que, durante el período conocido como el Guzmancismo, se harán grandes esfuerzos por erigir, como ningún otro período anterior, una atmósfera estética cónsona con una determinada ideología y un discurso de modernización y progreso. Para ello fue creado el Ministerio de Obras Públicas en 1874, como apunta (Arráiz Lucca, 2023) y pronto se convirtió en uno de las instituciones más importantes del gobierno de Guzmán. Era el único camino para honrar debidamente a Simón Bolívar y al mismo tiempo, el culto a su figura era parte de dicho proceso. Monumentos como el caso del Panteón Nacional, la Plaza Bolívar de Caracas y la estatua ecuestre del Libertador, serán expresión de dichas ideas. La aquejada república, bajo el mandato del *autócrata civilizador* buscará por todos los medios disponibles anclar, por

medio de yeso, mármoles y bronce una imagen de una Venezuela que ha iniciado su camino hacia el progreso. Además de crear espacios para que los ciudadanos participen de dicho imaginario.

Un ejemplo de esto sería la antigua Plaza Mayor, luego renombrada Plaza Bolívar tras la Guerra de Independencia, sería reformada y coronada con una estatua ecuestre de bronce para honrar las glorias del Libertador. La misma se convertirá en el eje central alrededor del cual girará parte de la vida pública de la ciudad, en especial de los sectores más pudientes e influyentes. Este interés por las obras queda registrado por un testigo como Gonzalez Guinán (1954) comenta lo siguiente sobre como el Estado procedió a dicha renovación en el año 1872:

También el mismo día 11 de septiembre se designó a la Compañía de Crédito para gestionar la erección de una estatua ecuestre al Libertador en la plaza Bolívar; y más después se decretaron otras obras públicas. Desde que fue iniciado este movimiento de progreso material, creyó el General Presidente que debía apelar al concurso individual para su desarrollo. Al efecto creó el sistema de las Juntas de Fomento para que corriesen la vigilancia de las obras y a administración de las cantidades asignadas. (p. 121)

También serán importantes los nuevos edificios públicos como el Capitolio, quizás uno de los símbolos más importantes del Septenio, cuya construcción por etapas era, según el discurso oficial, un testimonio del progreso material alcanzado bajo el *Ilustre Americano*. Dicho edificio sería de especial interés, como se desprende de la obra de González Guinán (1954):

La labor administrativa del General Presidente era tan afanosa como fecunda. Todos los ramos del servicio público estaban bajo su jurisdicción e inspección, prestándole especial atención a la instrucción pública y a las obras públicas. De éstas, el Capitolio Federal, en construcción, le merecía diario examen, pues quería que en él se instalasen las Cámaras legislativas de 1873. (p. 121)

El propio Guzmán es bastante tajante no sólo en lo que respecta a la importancia, sino a lo que simboliza dicho edificio. El 19 de febrero de 1873 la obra era entregada y en su discurso, según reporta el historiador:

El General presidente contesto así:

«El Capitolio no debe considerarse como un simple edificio, sino como el monumento que simboliza el triunfo de la Revolución de Abril. Lo he fabricado par que el Congreso de la Patria encuentre en él representado el comenzamiento de una nueva era de libertad, progreso y civilización, como consecuencia de las aspiraciones del gran movimiento popular que he presidido. No es el éxito lo que justifica las revoluciones sino los objetos a que tienden, las trasformaciones que

realizan y el uso benéfico que hacen de la victoria en provecho de los pueblos»
(Gonzalez Guinán, 1954, p. 141)

Se experimentaba, como afirma Francisco Javier Pérez (2011) un “un renacimiento cultural” (p. 93) siendo Guzmán el principal artífice en los testimonios aludidos. Dicho *renacer* era estimulado por el período de relativa paz que trajo el triunfo de Guzmán sobre sus enemigos, así como por la pacificación y alianzas entre caudillos que Diego Bautista Urbaneja (2016) llama el sistema de poder guzmancista o liberalismo amarillo. Mientras este sistema permanezca en función, la Caracas de aquella época verá surgir numerosas obras en todas las áreas que permitan servir de escenario para su despliegue..

Conclusiones

Finalizado el breve recorrido realizado por el siglo XIX y el papel que cumplieron las ciudades en el nuevo ritmo de los tiempos de cambio y su relación con América Latina y su búsqueda de la modernidad, podemos afirmar el estudio de la ciudad como un artefacto cultural es válido y provechoso para el conocimiento histórico.

El fenómeno urbano y sus elementos asociados han ganado terreno frente a perspectivas que suelen considerar a la ciudad como un mero telón de fondo del accionar de los seres humanos, ya sea como hábitat del individuo en el cual centramos nuestra atención o como el simple lugar donde se desarrollaron determinados hechos.

Las transformaciones e hitos arquitectónicos que se llevaron a cabo durante esos años, por más modestos que pudieran ser al compararse con ciudades como Santiago de Chile o Río de Janeiro, han sido de poco interés frente a los grandes acontecimientos como las batallas y grandes héroes que llenan las páginas de la historia patria y política de Venezuela. Es por ello que resultan de gran importancia los nuevos estudios que centran su atención en la ciudad y los imaginarios, ya que nos permiten comprender mejor la Caracas de finales del siglo XIX y, al mismo tiempo, la actual.

La ciudad decimonónica resulta de interés para comprender la forma en que el proceso urbano de dicha ciudad era una manifestación del centralismo y las ideas de modernidad en boga por parte de los gobernantes y las élites que bebían de las ideas provenientes de Europa.

La forma, la organización y las transformaciones que llevan a cabo en las capitales europeas y latinoamericanas son en cierta medida un resumen y a la vez una expresión de un determinado período histórico; por lo tanto, su análisis resulta extremadamente rico para aproximarnos a los imaginarios de sus habitantes y las élites que dirigen o influyen su crecimiento. Así como la forma en que los avances científicos y tecnológicos de la Revolución Industrial permean en dichas sociedades y producen cambios en la sociedad.

Esta situación hizo que el *Ilustre Americano* dedique gran parte de su atención y discurso a volver la ciudad el escenario de su personalismo y su proyecto civilizatorio. Las obras terminan siendo una faceta más de la búsqueda de difundir su presencia de manera pública con el objetivo de consolidar la autoridad y legitimidad de su régimen. Después de todo, hacer 'visible' el progreso le granjearía no pocos elogios, aunque, como ya se mencionó, no era un cambio profundo.

Caracas y la arquitectura puede decirnos mucho de su tiempo, especialmente si se toman en cuenta, estilos, técnicas y materiales utilizados. Pero también la función de las obras que son construidas. La capital de Venezuela durante el guzmancismo será el lienzo del autócrata y servirá ella misma de escenario de su poder personal cimentado sobre una alianza de caudillos y un discurso de modernidad y progreso material y moral.

Hay en los nuevos edificios, así como en las remodelaciones de fachadas que fueron realizadas durante el guzmancismo, un claro objetivo de transmitir la sensación de cierta modernidad. Sin olvidar que ello se le debía al *Regenerador*, hombre fuerte y de acción que parece hacer posible todo aquello. En otras palabras, así como muchas de las obras públicas responden a la búsqueda de satisfacción de necesidades reales (puentes, caminos, iluminación, acueductos, etc.) también quedan plasmadas en la arquitectura aspiraciones ideales de una sociedad decimonónica que busca por todos los medios verse en el espejo y encontrar el reflejo lejano de una Europa triunfante. Esto resulta de vital importancia para entender los derroteros de la sociedad venezolana en su búsqueda de la modernidad.

Las modestas transformaciones urbanas del *Septenio* guzmancista revelan una tensión crítica entre la modernidad estética y la precariedad institucional de la época, muy común en las nacientes naciones de Hispanoamérica. Si bien la construcción de monumentos como el Capitolio Federal simbolizó el triunfo de la "civilización" y una ruptura con el pasado colonial, esta transformación operó muchas veces como una "fachada" necesaria para proyectar determinadas ideas. Mientras los edificios administrativos expresaban autoridad y civilización, la realidad interna seguía marcada por una inestabilidad endémica y una debilidad institucional. Por tanto, la monumentalidad de Caracas no fue solo un avance arquitectónico, sino un artefacto ideológico diseñado para matizar las carencias de un Estado en formación, priorizando la visibilidad del progreso sobre la consolidación de un orden legal y social profundo.

Referencias bibliográficas

- Almandoz, A. (2002). *La ciudad en el imaginario venezolano: Del tiempo de Maricastaña a la masificación de los techos rojos*. Fundación para la Cultura Urbana.
- Almandoz, A. (2006). *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*. Fundación para la Cultura Urbana
- Arraiz Lucca, R. (2023). *Caracas. Historia de una ciudad (1564 a nuestros días)*. Editorial Arte
- Ayala Mora, E. (2007). *Historia General de América Latina VII. Los proyectos nacionales latinoamericanos: sus instrumentos y articulación, 1870-1930*. Editorial Trotta.
- Bautista Urbaneja, D. (2016). *Historia portátil* Fundación BANCARIBE.
- Beyer, G. (1967). *The Urban Explosion in Latin America: a continent in process of modernization*. Cornell University Press.
- Blanning T. (2002). *El siglo XIX (Historia de Europa Oxford)*. Editorial Crítica, S.L.
- Carrera Damas, G. (1988). *La formulación definitiva del proyecto nacional: 1870-1900*. Cuadernos Lagoven.
- Carpentier, J. y Lebrun, F. (2006). *Breve historia de Europa*. Alianza Editorial.
- Del Valle, M. (2016). *Senderos de historia cultural*. Vol. I. Universidad Metropolitana.
- Gasparini, G. y Posani, J. (1998). *Caracas a través de su arquitectura*. Armitano Editores.
- Gerstaker, F. (1989). *Viaje a Venezuela en el año de 1868*. Fundación de Promoción Cultural de Venezuela.
- González Guinán, F. (1954). *Historia contemporánea de Venezuela. Tomo X*. Caracas. Ediciones de la Presidencia de la República. 1954.
- Gorrín, J. (2016). *El álbum de Caracas y Venezuela. Una aproximación cultural al proyecto civilizatorio guzmancista*. En M. Del Valle (Coord.), *Senderos de historia cultural* (Vol. I, pp. 252-290). Universidad Metropolitana.
- Mosee, G. (1997). *La cultura europea del siglo XIX*. Editorial Ariel, S.A.
- Leyton Robinson, César, & Huertas, Rafael. (2012). Reforma urbana e higiene social en Santiago de Chile: La tecno-utopía liberal de Benjamín Vicuña Mackenna (1872-1875). *Dynamis*, 32(1), 21-44. <https://dx.doi.org/10.4321/S0211-95362012000100002>
- Lutz, R. (2008). *Ley y orden: Dominación mediante la administración en el siglo XIX* (J. Alborés, trad.). Siglo XXI de España Editores

- Munizaga, G. (1999). *Las ciudades y su historia* ALFAOMEGA Grupo Editor, S.A.
- Pino Iturrieta, E. y Boulton, M. (2011). *Los tiempos envolventes del guzmanismo*. Universidad Católica Andrés Bello.
- Polanco Alcántara, T. (1992). *Guzmán Blanco, Tragedia en seis partes y un epílogo*. Editorial Grijalbo.
- Rondón Márquez, R. (1944). *Guzmán Blanco, el autócrata civilizador: parábola de los partidos políticos tradicionales en la Historia de Venezuela; datos para cien años de Historia nacional*. Tipografía Garrido.
- Straka, T. (2010). *La instauración de la República Liberal Autocrática, claves para su interpretación 1830-1899*. Fundación Rómulo Betancourt.
- Tallenay, J. (1989). *Recuerdos de Venezuela*. Caracas. Fundación de Promoción Cultural de Venezuela. 1989.
- Tombs, R. (2002) "Política". En T.C.W. Blanning (compilador), *El siglo XIX*. (pp. 34-60) Editorial Crítica, S.L.
- Vaamonde, G. (2018). *Oscuridad y Confusión: El pueblo y la política venezolana del siglo XIX en las ideas de Antonio Guzmán Blanco*. Universidad Católica Andrés Bello.
- Vázquez, Josefina (2007). *Historia General de América Latina VI. La construcción de las naciones latinoamericanas, 1820-1870*. EDITORIAL TROTTA.

